



Nuestro yo y el de los demás

(Requido en "le esto
y de aquellos, tomo IV)

Uno de los mayores tormentos a que se le podría someter a un hombre que de veras lo fuera, sería el de levantarle una estatua y obligarle, luego, a pasearse un rato cada día alderredor de ella y contemplándola. Ni se comprende bien cómo hay quien pueda tener delante de sí, en su despacho, mientras trabaja, siquiera un busto en yeso que le represente. Es preferible tener una calavera a modo de memento.

A un hombre de sólida cabeza y de encendido corazón le hemos oído contar el espantoso escalofrío que le produjo oír sus propias palabras, y en la propia voz, repetidas por un fonógrafo, mientras estaba mirándose a un espejo. «Parecióme—nos decía—una entrevista con mi difunto».

Creemos que el hombre no ha de salvarse tanto por lo que es como por lo que quiso ser, y que si hay otra vida después de la muerte, y retribución en ella de nuestra obra en ésta, la retribución consistirá en dejarle a cada uno ser el que quiso aquí, en esta vida, ser, el que aspiró a ser. Y para muchos será el más terrible tormento; un verdadero infierno. Desde luego, para los que aspiraron a ser estatua, que son no pocos.

Hay en la vida pública desgraciados que se la pasan contemplando una estatua de estatua moral que les han erigido los demás, los que han reparado en ellos, que es como contemplar su propio cadáver. Porque ese otro yo, el que los demás nos forjan, es nuestro asesino; es el asesino de nuestro verdadero yo. Y de nuestro verdadero yo público, no ya privado.

Decimos nuestro verdadero yo público, porque éste, nuestro yo público o civil o social, el que es para los otros y les sirve, no es precisamente, ni mucho menos, el que estos otros nos forjan y nos le erigen delante, como una estatua a que debamos sujetarnos. No es el mejor modo de servir a nuestros conciudadanos el de hacer en cada caso lo que ellos esperaban que hiciéramos.

No decimos que uno se conozca muy bien, pero casi siempre se conoce bastante mejor que los demás le conocen, dígame lo que se quiera en contrario.

Es una noción muy repetida la de que un literato, ponemos por caso, suele de ordinario equivocarse respecto al valor respectivo y relativo de sus propias obras, y que no son aquellas que él prefiere las que suelen preferir los demás. Lo cual tanto puede querer decir que se equivoquen los demás como que se equivoque él mismo. Mas, por lo común, en los casos concretos que hemos examinado, cuanto hemos podido determinar cuál era la verdadera preferencia del autor—pues se da el caso de que éste pondere las que obtienen me-

nos gracia, como un padre recomienda más al hijo menos capaz y sabiéndolo y por saberlo—, hemos visto, en esos casos, que el autor estaba más en lo cierto que su público contemporáneo. Y decimos contemporáneo porque la posteridad—que es, según la preciosa frase de Gounod, una superposición de minorías—casi siempre se acuesta a las preferencias relativas que un autor tiene respecto a sus obras, y no a las preferencias del público contemporáneo del autor. Y es porque este público contemporáneo tiene siempre, aun sin ponerse de acuerdo sobre ello, la tema de hacerle a su autor a imagen y semejanza suya. ¡Y desgraciado del que sucumbe a esta maniobra de su público!

A un público, lo mismo que a un pueblo, no se le debe decir lo que quiere que se le diga, o lo que esperaba que se le dijese, sino lo que él lleva dentro de sí mismo sin saberlo, y acaso sin quererlo, aquellas voces ocultas y remotas del zahado de su conciencia colectiva, voces que tiembla de oír. Porque el pueblo suele no querer saber lo que piensa, y tiembla ante su propia verdad. *Mundus vult decipi*, «el mundo quiere ser engañado», quedó escrito para siempre. Sentencia que no está muy lejos de aquella otra de Tácito, cuando en su Ger-





manía nos dice que se llama siglo—esto es; mundo—a corromper y ser corrompido: *corrumpit e et corrumpi saeculum vocatur.*

¡Ay de ti si te dejas aprisionar de los que te rodean aclamándote! Tan malo como si te dejas aprisionar de los que te combaten. Pero lo peor de todo es dejarte apresar, como Don Juan Tenorio lo fué de la estatua pétrea del Comendador, de tu propia estatua, del monumento que te están erigiendo los que te quieren muerto en vida ¡Ay del día en que dejes de ser para ellos, para los otros, una interrogación!

Un hombre público es algo útil mientras es una esperanza, lo que se dice ser una esperanza, y deja de valer cuando se convierte en lo que llaman una realidad, esto es, en un recuerdo. Porque de esperanza se pasa a recuerdo. A recuerdo de esperanza, por supuesto.

Nuestra obra en vida debe ser, según la doctrina del Apóstol, depositar una semilla en nuestra tumba. La obra de un hombre público, es decir, que uno que viva en la historia, por la historia y para la historia debe ser depositar en las conciencias de aquellos sobre que ejerce su acción la semilla de un hombre nuevo. Lo eterno de cada uno de nosotros es lo que de nosotros harán los que nos sucedan, lo que de nosotros se hará en ellos. Pero esto no es, claro está, lo que de nosotros quieren y esperan los que nos rodean. Nuestro

X ||

eterno yo futuro no es nuestro actual yo de los demás, aunque no sea nuestro yo propio, el que nosotros mismos nos hacemos. Nuestro eterno yo futuro no es esa estatua de opinión que nuestro público, el pueblo que nos mira y contempla, nos erige frente a nuestro yo actual.

Cuando te digan: «Tu patria espera de ti...», y luego esto o aquello, responde: «Mi patria no debe esperar de mí sino que sea fiel a mí mismo, a mi íntima idea, al mandato del zahondo de mi conciencia.» Y esa tu íntima idea de ti mismo brota de lo íntimo de la conciencia de tu patria. Si ella, tu pa-

tría, no sabe bien lo que piensa ni lo que quiere cómo va a saber lo que tú debes pensar y querer? Si ella no se conoce a sí misma ¿cómo va a conocerte? La patria podrá exigirte la vida, pero no la conciencia, podrá pedirte que le des tu muerte—no ya tu vida—, pero no que te suicides moral e intelectualmente, no que encierres tu espíritu en la estatua que de ti mismo te presenta.

¡Encerrarse vivo en la estatua que los demás nos forjan! Es tormento como aquel a que Falaris, el tirano de Agrigento, sometía a los que encerraba en un toro de bronce, asándoles allí a fuego lento para recrearse con la música en que le llegaban convertidas al oído las quejas de los así atormentados. No; nada de encerrarse en la estatua que los demás forjan de nosotros. Ni tampoco forjamos una estatua nosotros mismos. ¡Desgraciado del que se pasa la vida esculpiendo o modelando su propia estatua! Haciéndose un alma, sí; haciendo la semilla que al morir dejará sembrada en el alma de su pueblo. Lo eterno de cada uno de nosotros será aquello que hagan con lo que hacemos. Y en esa semilla iremos más enteros y más acabados que en una estatua.

///X

Ni los que van contigo, a tu vera, acaso cogidos de tu mano, por el sendero de la vida, pueden verte bien. Ellos te conocen mucho peor que te conoces tú mismo. Con que sientan tu presencia, debe bastarte. Y animate si llegas a ser, Dios mediante, la obsesión, la pesadilla de alguno de ellos. Lo único que en este caso debe dolerte es que, por mirarte a ti, se descuide tanto de mirarse a sí mismo. Corre riesgo mirándote así, en exceso, de convertirse, como las hijas de Lot, en estatua de sal. ¡Y para ésta sí que no hay otro porvenir que derretirse en amargura!

MIGUEL DE UNAMUNO

